

—No se te olvide pasar por la Gran vía —dijo mamá dejando de hojear *Vogue* por un momento.

—No preciosa— respondió Jorge. El juego de la luz blanca en el mármol del lavabo suavizaba su rostro en el espejo—. Tengo que ir, además— dijo mientras se anudaba la corbata de seda color ciruela—; voy a encargar unos chocolates para Odette.

Jorge recordó sus ojos cristalinos, el fino vello de su cara. Odette que debía andar a estas horas, pulcrísima voluntaria, por los pasillos de la Cruz Roja. ¡En fin, si el capricho la distraía! Se echó un último vistazo aprobatorio. Besó la mejilla de su mamá: qué fragante. Cómo lo complacía su elegancia, evidente en su arreglo personal, el mobiliario, el jardín donde lirios y margaritas abrevaban mansamente bajo los pinos.

Maximino detuvo a la Duquesa, que alborotó como siempre que él se iba. Jorge metió reversa, viró. El espejo retrovisor le mostró durante un poco de tiempo aún su casa, espaciosa, en un mullido silencio que sólo los ladridos de su afgana negra salpicaban.

Dobló por Sierra Mojada. La pequeña barranca que mediaba en su trayecto hacia Reforma hervía de verde y de calor. Se aflojó el cuello de la camisa y giró el botón del aire acondicionado. Inútilmente. Malditos mecánicos, siempre regresaban los coches con algún desperfecto. "Bueno, no es para tanto", se dijo tratando de recobrar el buen humor tan necesario para sus negocios. "Más habrán sudado esos marineros", tenía en mente el almuerzo dorado que Renoir pintó, justo para que ahora él y San Emilión proyectaran una atmósfera de prestigio. El comercial se iniciaría con el cuadro; luego una disolvencia a plano americano de los modelos dispuestos como en la pintura y con traje de época; enseguida un zoom a sus manos que servirían el vino, y gran close up a la etiqueta. ¿La música? No sabía de quién; pero sería clásica, por supuesto. Le preguntaría a Manolo, que era un conocedor. Satisfecho por haber planeado no sólo un anuncio, sino toda una campaña estupenda, Jorge apreció las dalias exuberantes, los camellones reverdecidos por junio y julio. Ya estaba en Reforma; la parte de Re-

forma que, para su gusto todavía merecía ese nombre. Aceleró, aprovechando las últimas calles largas. Se sintió estoico frente al escape que despedían dos "delfines" repletos. A poco tuvo que sortear las imprevisibles maniobras de los peseros cada vez más numerosos. Llegó al semáforo en rojo. Un impulso obsesivo lo hizo mirar hacia atrás: sí, allí estaban los materiales preliminares de la campaña; faltaba ahora saber la decisión de Fuentes.

— ¿Vas para Insurgentes?

Sintió la voz casi en su mejilla. Se oyó decir "sí, súbete". Fue algo automático, quizá provocado por la incurable galantería que en los días universitarios, no tan lejanos, lo hacía llevar a sus compañeras a lugares que lo desviaban del rumbo previsto. De cualquier forma, eran las dos y media, tenía tiempo de sobra para pasar por la pastelería y llegar puntual con Fuentes. La sonrisa de Jorge se torció al ver a la muchacha recargarse sobre su saco cuidadosamente doblado en el respaldo.

—¿Pasas mi saco para atrás, por favor? —dijo antes de arrancar.

— Ay, perdona —pidió ella con voz aguda— ¿Así? ¿Está bien puesto así? Jorge se sintió dispuesto a disculparla. Toda petición debía hacerse con el adecuado énfasis o la extensión conveniente, y ella había estado correcta. Creció en él la caballerosidad ventajosa del que favorece, del que paga, del que arregla.

— ¿Te molesta si fumo?— la voz parecía salir de un lugar hundido.

—No, claro que no— dijo él, accionando el encendedor.

Ella no lo esperó. Jorge entrevió sus uñas largas pintadas de un rojo violento que se descarapelaba en las puntas. Un anillo de piedras azules y oscuras relumbró en la mano ocupada en abrir la bolsa. Era morena. Hija de familia revolucionaria, pensó él, o de algún taquero adinerado; comenzó a imaginar cómo se la describiría a Odette.

---

—Soy Jorge— Pero ella no contestó; fumaba inhalando y expeliendo el humo con una rapidez casi cómica—. Baja el vidrio si quieres. Agosto está que quema, ¿no? ¿cómo te llamas?

El cigarro de ella olía a cosa vieja y húmeda; ojalá y se lo terminara pronto. Jorge engrosó la cola de vehículos esperando que el lío pasara pronto. Las luces rojas de los postes estaban prendidas, las campanas sonaban, un agente detenía el tránsito, pero no se veía aún el tren.

—Esta ciudad se pone cada día peor.

Pero el sol es tibio— con los ojos entrecerrados, ella pegó su cara a la ventana, como para absorber un calor que no acababa de entrar en su cuerpo—; la tierra es opaca, está llena de ruidos —dijo, y sobresaltándose sacudió el polvo de su vestido como si se tratara de larvas que la invadieran.

Jorge, no sabiendo qué responder, optó por preguntarle otra vez su nombre.

—Armanda— le contestó, mirándolo fijamente, resentida.

La miró de reojo: gordita y pequeña; pensó que el nombre le quedaba ridículo.

Algunos automovilistas habían apagado sus motores. Otros hacían sonar furiosamente sus bocinas. El tren apareció por fin. Estaba pasando, largo, penoso, mugiente. Los cláxones vociferaban el histerismo colectivo. Jorge logró hacerse un poco para atrás, virar hacia la derecha, subirse a la banqueta. Bendiciéndose por haber sacado el volkswagen, pasó frente a la A.M.A.

Armanda había encendido otro cigarro; su respiración de animal agonizante perturbaba el aire en torno suyo. Jorge, intranquilo, ya se veía junto a su novia, diciéndole con una sonrisa "si la hubieras visto a la pobre, Odette, la habrías tomado bajo tu cuidado". El silencio estaba hinchándose en su coche. Presionó para encender la casetera. Nada, ni un clic.

—¿Qué te parece? Gringo y nuevecito pero no funciona.

Se volvió a verla instintivamente, obligado por su mirada fija. Le molestaron esos ojos cafés opacos, inexpresivos a no ser por la angustia que transmitía el parpadeo constante.

—¿A qué parte vas de Insurgentes?— preguntó, decidido a establecer una conversación preferiblemente trivial, que llenara ese silencio cada vez más espeso. Con qué alivio la bajaría; pero ahora, cruzando esas calles solitarias no podía hacerlo.

Había seguido un atajo para llegar al Nuevo Bosque de Chapultepec. En las larguísimas bardas de las casonas, bajo las hojas, los troncos de las yedras se enredaban, tenaces, secretos. Luego comenzaron los eucaliptos, las fuentes del parque sometido por el aire turbio de la ciudad. Sin embargo Jorge lo sintió liviano en comparación con el espacio opresivo que se expandía desde el cuerpo de Armanda.

—Vamos a buscar hasta que lo encontremos ¿verdad?— lo tomó del brazo; la mirada deslustrada se hizo dulce.

Jorge vio que le ensuciaba su camisa; se retrajo. ¿Habría escapado del Español? No, ahí no había pabellones de esa clase. ¿Hay casas de descanso en Las Lomas? Voy a preguntarle a Odette. Es un peligro que las haya en zonas habitadas. Y yo que no termino de pasar el Bosque. Compungida y sumisa, arrinconada contra la portezuela, ella lo mira tras el humo descompuesto.

La pesadez del cielo, el resplandor de la fábrica de vidrio anunciaron el Periférico.

En unos 10, 12 minutos me zafo de ella, calculó Jorge. Esperamos que no se exalte. Entrando al anillo decidió hacer como los taxistas que distraen a los chiflados cuando llegan a subírseles; seguirle la corriente. Bajarla en cuanto me salga. Más tranquilo se aseguraba que los choferes siempre salían bien librados de trances como ese.

—Ellas no se van a enterar, Gabi. Angela y

---

mamá— dijo ella interrumpiendo sus pensamientos—. Ya ni pueden encerrarme. ¿Ves cómo fumo? Ya no tengo que hacer lo que ellas quieren para tener cigarros, —una tos imprudente ahogó su tono triunfal—. Pero tú me vas a dejar ir con papá. Está muy malo, Gabi, está grave.

—Claro que sí, Armanda— contestó él, siguiendo el plan trazado.

A poco de hallarse en el Periférico vió el nuevo problema en el que se había metido. Los coches avanzaban lentamente, iban formando colas, se pegaban a algo que estaba más allá; siempre adelante del gas que ellos mismos producían. ¿Un choque, un tramo en reparación o sencillamente que era una hora pico? No muy lejos distinguió la cajuela levantada de un viejo dodge; eso tal vez, que el calor hubiera propiciado descomposturas en serie. La humazón malsana sometía el interior de su auto. Masculló que iba a apestar a sabiendas de que no sería entendido. El calor lo transtornaba; accionó los botones del aire acondicionado descompuesto.

—Desde que entramos he tenido que venir en primera— ¿sabes? y el aire no funciona. Voy a llegar hecho una sopa.

El esmog, las nubes grisáceas extendían la sequedad del sol. Entre los coches ondulaban minúsculos espejismos.

—No te enojés, Gabi. Ya estamos juntos otra vez —habló como una niña regañada—. No te dije que iba a casa de mis papás cuando me fui. No tuve tiempo. Y llegué tarde, ya lo habían metido en un ataúd. Lo habían vuelto sordo —sollozó. No he podido decirle que ya estás divorciado, todavía; pero en cuanto lo sepa no se va a oponer más. Y estaremos juntos los tres. Comenzó a reirse.

En medio de sus labios carnosos la lengua larga; el paladar oscuro como la piel, como el hedor del tabaco. La imagen le vino a Jorge de golpe, como una mariposa del verano. Son los muertos, decían los niños de la escuela, por eso son negras. Son de mal agüero. Ya no fue molestia ni intranquilidad lo que le provocó Armanda, fue una atracción. De-

seaba verla, como buscaba la vitalidad perdida en la mirada hosca de los viejos; sentirla como esos huecos de las conversaciones que lo llevaban a la melancolía.

—Yo iba a decirle: no vuelvo a verlo si no quieres. Pero tú sabes que no lo pienso de veras —aplastó el cigarro entre el pulgar y el índice—. Es que está enfermo; lo veo en las noches, al cerrar los ojos: con su cara hinchada, llamándome. Los cierro y siento que me ahogo. Tenía la cara hinchada cuando llegué —se murmuraba a sí misma.

Los edificios de la escuela —se le presentaron a Jorge como en la duermevela—, con sus torretas grises y sus basaltos fingidos. Sintió su espalda empapada, como al despertar de la pesadilla recurrente en la que regresaban las imágenes de la pulmonía que tuvo cuando niño. El calor, su delirio, el desorden de las sombras. A sus oídos llegaban más noticias del famoso Gabi: era una ficha el tipo; pero ella también andaba mal ¿qué hacía para obtener lo que deseaba en casa de sus padres? Era un sometimiento semejante al de los chimpancés amaestrados. Las palabras de Armanda sonaban borrosas y tristes.

Los motores ronroneaban enfermos. Semejantes a insectos patas arriba, los coches trataban, aturdidos, de moverse. Los recuerdos avanzaban desde la parte de atrás de su cabeza, Jorge sentía sus aletazos negros.

—Cuando hay tormenta falta visibilidad; el agua sale de las alcantarillas; hay embotellamientos —mencionó cada uno de estos hechos ordinarios y constatables, queriendo volver a la franja de su normalidad, pararse firmemente sobre ella—. Embotellamientos que tienen más sentido.

No obstante el sol lo abochornaba y él sentía regresar la fiebre, los ojos cegados, su cuerpo mojado pegándolo más a la cama, a la soledad que reflejaba el techo.

La lateral atestada le impidió salirse por Viaducto.

—Quisieron cerrar la tapa cuando llegué. No las dejé. Le dije a papá que tenía que hablarle; por-

---

que antes ellas le habían dicho cosas. A mí también me dicen cosas cuando me encierran. Me dicen que ya es de noche, que es cuando se desprenden las cabezas. Le dijeron a papá que yo quemé la mesa; pero yo no fui; ni me acuerdo de haber regado tierra en la cocina.

Jorge se volvió a verla afectuosamente, entendiendo el dolor de su memoria desordenada que se negaba a cicatrizar.

—No lo hiciste, Armanda. Además, tú estás conmigo y yo no te acuso de nada, lo sabes.

Decidió salirse en San Antonio a como diera lugar. Luego se estacionaría en Gigante, cerca de un teléfono, vigilando que no se bajara del coche. Hablaría a los de la Cruz Roja; ellos la llevarían al lugar adecuado. Ahora debía rebasar; irse por la derecha.

—Ya no quiero que hagan eso conmigo— estaba aterrada.

Comenzaron las curvas que preceden a la salida de San Antonio. Algo estaba desatando el nudo. Los vehículos comenzaron a andar más de prisa. Jorge vió la aguja del velocímetro subir de 10, a 20, a 30 km. por hora.

—Déjame salir mamá. No quiero estar otra vez sola, y que lleguen las noches a mi cuarto estando sola, no.

—Armanda— dijo Jorge extendiendo una mano para confortarla. El también, cuando los primeros satélites fueron lanzados al espacio vio la cara solitaria de la luna. Su abuelo enfermo; su abuelo muriéndose en el hospital cuando él caminaba por los jardines que parecían tan grandes al oscurecer; cuando los cipreses, con formas animales, se enredaban en la sombra. Tuvo que retirar su mano cuando un safari naranja trató de metérsele.

—Voy a explicarle a papá cuando llegue. No me oye. ¿Ves que no me oye? ¿Ves cómo me sacan? No me hacen nada porque hay gente. Me llevan a la cocina. Estoy mareada por la velas, las pusieron porque saben que me dan náuseas. Tengo que salir, porque ahora sí me dijo dónde va a ir de

viaje y lo alcanzaré, y cuando estemos platicando va a saberlo todo.

La voz de Armanda chorreaba sobre la nimia, trivial alegría que en Jorge había producido la velocidad alcanzada. El mundo se le aparecía como el interior de su coche: saturado por historias que atormentan al dormido, al que no protege la confortante iluminación de la vigilia; impregnado por recuerdos húmedos y descompuestos.

Faltaba poco para la curva de salida, el paso a desnivel, el hospital, el silencio del que ella había querido escapar y al que él lamentablemente la enviaría de regreso.

—Que no oigan el motor del coche. Hay que irse sin hacer ruido. Apurarse; llegar antes para saber dónde lo ponen. Que se queden criticándome, comiéndome; pero se siente frío cuando comienzan a comerlo a uno.

A Jorge le golpeó el corazón: el tipo del safari naranja hizo una maniobra imbécil. Deseaba inútilmente confortarla, decirle que todo había pasado, que no la dejaría en Insurgentes, que la llevaría a algún lugar donde se sintiera mejor, que se tomaría un café caliente.

—Apúrate, Gabi, tenemos que adelantarnos. ¿Vienes conmigo, verdad? ¿Hasta encontrarlo? Salgámonos en esta curva— dijo ella febrilmente.

Jorge dio un enfrenón, el estómago se le contrajo de frío. El tipo del safari se le cerró como había estado temiendo. Oyó el rechinado del coche de atrás, su cajuela saltó hacia el arriba y el frente crujió al plegarse. "Ven. No quiero regresar a la cripta". Y el humo absurdo le salía de la nariz cuando se volatilizaba; cuando se deshacía su vestido de consistencia negra, dejando apenas un olor a flores opacas. Quedó su mirada de mariposa de las lluvias. Quedaron el sol y el atosigante periférico.